



PEDRO ROSAS

Pertenece al gremio de los humildes, de los ignorados, para los que la historia no tiene ni un recuerdo ni sitio para dedicarles un renglón donde aparezca su nombre siquiera.

Era originario del pueblo de Zacoalco, ó de Cocula, y se dedicó á la arriería desde su más temprana edad, siendo esa y la labranza las ocupaciones que tuvo, hasta que estalló la revolución de Dolores. Se encontraba accidentalmente en el pueblo de Zacoalco cuando llegó la noticia de ella, y casi al mismo tiempo la del pronunciamiento del amo Torres, en favor de la Independencia, y la ocupación de Sayula por este caudillo. Lleno de entusiasmo el pueblo ante tales noticias, se reunió, á imitación del Gobernador indígena, Juan Chango, que en una junta de veinte vecinos de los principales del lugar, decidió ayudar á Torres en todas sus planes; aprobado el paso por todos los vecinos, la misma junta, de la que Pedro Rosas formó parte, se encargó de ir á ver al caudillo insurgente y darle cuenta del acuerdo tomado. Torres la recibió estando en Sayula, y después de darle las gracias la encargó que le reuniese el mayor número posible de hombres armados y destinó á Rosas cerca de su persona, en calidad de guarda, como dice él en su causa.

Días después fué destinado á observar los movimientos de los realistas y á aprehender al Teniente de Justicia de Zacoalco, Ba-

dillo, que estaba en correspondencia con las autoridades de Guadalajara; también dió aviso á Torres de la aproximación del ejército que mandaba el Mayorazgo Don Tomás Ignacio Villaseñor, y ya con el carácter de Capitán asistió al combate de Zacoalco, que decidió de la suerte de la Nueva Galicia, y entró á su capital con el ejército insurgente, el 4 de Noviembre de 1810. Realizada la ocupación, Torres, que era sumamente activo, envió comisionados á todas partes para propagar la revolución, y como probablemente estaba en relaciones con el Cura de Ahualulco, Don José Mercado, ó lo conocía y sabía cuáles eran sus opiniones, á él le despachó desde luego un emisario, que no fué otro que Pedro Rosas, haciéndole saber los éxitos de la revolución é invitándolo par que la siguiese.

Notoria es la conducta del Cura Mercado; secundó con entusiasmo la causa de la Independencia, levantó un pequeño ejército, y con él ocupó Tepic y San Blas, sin necesidad de disparar un solo tiro; en toda esa campaña estuvo Rosas, que siguió después de ella al servicio del caudillo tepicqueño; cuando éste trató de regresar á Guadalajara para apersonarse con Hidalgo, lo acompañó Rosas; pero como durante ese viaje se tuvo la noticia de la derrota de Calderón, retrocedió aquél, y mientras él seguía para Tepic, éste quedó á las órdenes de Zea y, por consiguiente, se halló en la acción de las barrancas de Mochiltitlic, en que fué desbaratado el ejército insurgente. Rosas comprendió que de volver á Nueva Galicia corría riesgo de ser conocido como insurgente y sufrir la pena de horca, en tanto que dirigiéndose al Norte podía escapar, así es que no vaciló mucho acerca del partido que debía seguir, y emprendió el camino de Sinaloa, donde se encontró en relativa seguridad, pues durante algún tiempo pudo pasar por arriero ó comerciante; sin embargo, él y un compañero suyo apellidado González, llegaron á hacerse sospechosos á las autoridades españolas, quienes dieron con ellos en la cárcel del Rosario. Pero como aquella provincia no había sufrido graves males de la insu-

rección, ni sus autoridades estaban empeñadas en reprimirlas á sangre y fuego, se contentaron con las explicaciones que los presos dieron y que parecían fundadas, y los pusieron en libertad, aunque después de varios meses, en Septiembre de 1811, dándoles copia de la sentencia para que les sirviese de resguardo durante su camino ó en las poblaciones á donde llegasen.

Rosas, creyéndose ya seguro con ese papel que él juzgaba era un indulto en toda forma, tuvo el mal pensamiento de volver á su pueblo natal, con no muy buenas intenciones seguramente, pues no tiene duda que los cinco meses transcurridos desde que fué puesto libre en el Rosario hasta que llegó á Zacoalco, los pasó entre los insurgentes, que abundaban en Mayarit y Nueva Galicia; apenas llegado, fué reconocido y aprehendido por el Teniente de Justicia, que lo entregó á la Junta de seguridad. Ante ella no negó Rosas la parte que había tomado en las campañas de Torres, pero alegó que lo había hecho obligado por la fuerza, y que como prueba de ello se había separado de la revolución en cuanto le fué posible y se había indultado; la Junta no supo qué hacer y envió al reo á Guadalajara, donde no había muchas vacilaciones; se le condenó, sin más averiguaciones, á la pena de horca, con la agravante de ser llevado arrastrado como traidor hasta el lugar del suplicio; que se le cortase la cabeza, la cual debería colocarse en Zacoalco, á la salida del camino de Sayula. Confirmada el mismo día la sentencia por el Gobernador Cruz, fué ejecutado el 10. de Julio de 1812, en los mismos términos en que había sido dictada, y durante algún tiempo, la cabeza del ajusticiado estuvo expuesta en las afueras de Zacoalco; el cuerpo fué enterrado cristianamente en el cementerio de Belén.

Pedro Rosas era de elevada estatura y de fuerte constitución; más que por su nombre, era conocido por el apodo de "El Arrirote," que á cada momento se ve repetido en el proceso que se le formó; tenía más de setenta años de edad al ser ahorcado, y se ignora si tenía ó no familia, pues nada:

declaró acerca de esto; aunque los testigos de cargo lo acusaron de ser ladrón, no parece fundada la imputación, y en realidad su único delito, como el de tantos otros como entonces perecieron, fué el de haber seguido el partido de la Independencia.
